

## EL MITO DE LAS CUATRO EDADES

Según la **mitología griega**, desde el origen del mundo, los hombres atravesaron **cuatro edades**: la **Edad de oro**, la **Edad de plata**, la **Edad de bronce** y la **Edad de hierro**.

La primera generación fue la de los **hombres de oro**, los primeros habitantes de la Tierra. Ellos vivían de la misma manera que los dioses del Olimpo: sus corazones estaban libres de inquietudes, de preocupaciones y de miserias. No existían para ellos ni el castigo ni el miedo, y vivían en un estado de justicia y de paz. No pesaban sobre ellos las molestias de la cruel vejez: se mantenían fuertes y sanos, en un estado de permanente juventud. Continuamente celebraban los placeres del mundo en festines y banquetes. Estos hombres de oro aún no habían cortado los árboles de los bosques ni habían herido la tierra para quitarle sus frutos. Vivían de aquello que la naturaleza les brindaba espontáneamente y en abundancia, pues en aquellos tiempos la primavera parecía eterna, las flores brotaban sin mayor esfuerzo, en los ríos corría el néctar caudaloso y de los verdes árboles se destilaba la dorada miel. Para estos hombres la muerte no era más que un dulce sueño al que se entregaban con serenidad. La generación de oro desapareció un día de la faz de la Tierra. Y ya luego, **Zeus**, el que reina en el Olimpo, los convirtió en **genios buenos**, guardianes de las causas justas que, ocultos en la niebla, velan por el bienestar de la humanidad. La **Edad de Oro** griega recuerda a la vida en el **Edén** de la **Biblia**.

La segunda generación fue la de los **hombres de plata**, que resultó mucho más débil que la de los hombres de oro. Se acortó el tiempo de la antigua primavera dorada y fueron creados el invierno, el verano y el otoño. El aire fue abrasado por el calor, y el viento frío sobre las aguas produjo el hielo. Entonces, por primera vez, el hombre debió cortar los árboles para construir casas y cobijarse. Los hombres de plata aprendieron a dominar la naturaleza: araron la tierra, cercaron los campos y trabajaron para obtener su sustento. Ésta fue una generación pueril y privada de inteligencia, que se negaba a rendir culto a los moradores del **Olimpo** y actuaba siempre de forma desmedida. Y ya luego, **Zeus**, el que amontona las nubes, enojado con ellos, los hizo desaparecer bajo tierra y los convirtió en **genios inferiores**.

La tercera generación fue la de los **hombres de bronce**. Eran brutos, violentos y robustos, y estaban entregados a las tareas físicas. A esta generación le atraían la guerra y los combates; es por eso por lo que tenían el corazón endurecido y su aspecto causaba horror y temeridad. Sin embargo, no eran perversos, como lo serían luego los hombres de hierro. Sus armas, sus herramientas de labranza, y sus casas estaban hechas de bronce. A pesar de su ferocidad, la **Negra Noche** los atrajo a su seno. Y ya luego, **Zeus**

los hizo descender a la morada de **Hades**, el que reina en las sombras, sin dejar rastro de ellos sobre la Tierra.

La última generación es la de los **hombres de hierro**. Este metal tan vil dio lugar a toda clase de crímenes y los hombres empezaron a carecer de pudor, de verdad y de buena fe. En su lugar, reinaron el fraude, la perfidia, la traición, la violencia y la pasión desmedida por las riquezas. Fue la edad de las guerras y de los enfrentamientos, pero no solo entre los hombres, sino entre los hombres y la naturaleza: no se extraía de la tierra únicamente el alimento necesario, sino que se hurgaba en sus profundidades hasta esquilmarla y quitar todo rastro de oro, plata y otros ricos metales. En esta triste era, el huésped desconfiaba del anfitrión, el suegro del yerno y el esposo tramaba la perdición de la esposa. Los padres, en su vejez, eran menospreciados por sus propios hijos. El hombre cobarde y artero prevalecía sobre el noble y el valiente. Puesto que fue la edad de las falsas promesas y de los falsos juramentos, la palabra perdió todo su valor. Ésta es la última generación de hombres, ya abandonados por **Zeus**, el hacedor del rayo, y los demás dioses del Olimpo que se han avergonzado de ellos. Desde entonces los mortales han quedado **solos en la Tierra**, con sus angustias y dolores, desprotegidos, y sin remedio para aliviar el mal que los aqueja.

El **mito de las cuatro edades** presupone que “**cualquier tiempo pasado fue mejor**” y que el objetivo de la **Historia** de la humanidad no es el **progreso**, sino la **involución**. Plantea una visión pesimista de la vida en el planeta. Y se anticipa a la proclamación de la “muerte de Dios” que hizo el filósofo alemán **Nietzsche** y los autores **existencialistas** muchos siglos después: el hombre está solo, perdido en el mundo, ante el **silencio de Dios**.

El **Don Quijote** cervantino, conocedor de la mitología y de las tradiciones caballerescas, en el **capítulo 11** de la **primera parte**, lanza un famoso **discurso sobre las cuatro edades** a unos pobres cabreros con los que había compartido el pan que entienden poco del decir retórico del utópico caballero. El discurso dice así:

“Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil

cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señora, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el gasaje y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero; que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra.”

El otro gran discurso que pronuncia **Don Quijote** en la inmortal obra cervantina es el famoso de las **armas** y las **letras**. ¿Te atreves a buscarlo? (Puedes mirar en: <https://www.avempace.com/Descarga+de+archivo/7489/EL+DISCURSO+DE+LAS+ARMAS+Y+LAS+LETRAS+DE+DON+QUIJOTE.pdf> )